

Aspecto que ofrecía un pueblo germano hace unos dos mil años. La gente de aquellos tiempos construía con frecuencia sus hogares sobre una plataforma de madera, en medio de los lagos, a fin de que los enemigos no pudieran llegar a ellos fácilmente.

BIBLIOTECA NACIONAL DE MAESTROS

Los germanos aparecieron primero en la historia como grandes guerreros y cazadores, y para tener un aspecto fiero solían adornar sus cabezas con testas y cuernos de animales salvajes. En este grabado se muestra el interior de un hogar germano primitivo en el momento de llegar los hombres con un oso cazado.



LOS PRINCIPIOS DE GERMANIA

PARA observar la irrupción de las tribus germanas, allá por los tiempos de que nos habla la historia de Europa, hubiéramos tenido que estar al lado de los alarmados moradores de la gran llanura del Norte de Italia, hace dos mil años, y dirigir nuestra mirada desde los campos verdes y plácidos a los altos y helados Alpes, cuya blancura se destacaba sobre el cielo azul.

Una vista verdaderamente asombrosa se hubiera ofrecido a nuestros ojos. Imaginemos la escena. Muchedumbres de hombres altos, fuertes, de ojos azules, se deslizan sobre sus escudos por las pendientes de los montes hacia los valles, y al propio tiempo la nevasca y la cellisca nos azota las mejillas.

Sus largas y flotantes cabelleras son rubias, aunque hay también algunas pelirrojas; sus escudos son brillantes y su grito de guerra atronador. En general, su aspecto es alarmante, pues sus caras se muestran a través de cabezas de animales, tales como el lobo, el oso y el buey con sus cuernos, por lo cual no es de extrañar que al principio los invasores llenaran de espanto a Italia. Perecían de hambre en sus antiguas moradas, en los estrechos y fríos valles al otro lado de las blancas montañas, y al llegar a esta rica llanura, devoraban cuanto encontraban, incendiando y destruyendo ciudades y pueblos, sacrificando caballos y cautivos a su fiero dios de la guerra.

Tal fué la entrada en Europa, según refiere la historia, de las que solemos llamar tribus germanas. Ellos se llamaban a sí mismos *deutschen*, nombre que los romanos cambiaron por el de *teutones*.

La región sobre la que principalmente se extendían los germanos es el centro mismo de la Europa, que comprende desde los Alpes hasta los mares del Norte y Báltico. Un mapa de relieve nos muestra a simple vista los vivos contrastes que existen en la superficie de esta parte central de Europa.

Las montañas y mesetas del Sur van declinando gradualmente hacia el mar por la parte del Norte, de modo que se forma una vasta llanura, copiosamente bañada por ríos que nacen en las alturas y fluyen suavemente hacia dicho mar. El río principal es el Rhin, que une los Alpes con el mar del Norte, y ha sido a través de los siglos la disputada frontera entre Francia y su vecina Alemania. En la parte oriental de este continente había constantemente cambios, a medida que otros pueblos procedentes de Asia y de diferente estirpe invadían el país de los germanos. Uno de esos pueblos fué el *eslavo*, palabra que, en su lenguaje, significa *glorioso*, pero que, en otros idiomas, ha tomado otra significación, por haber sido esclavizada una gran porción de esta raza.

Aprovechando principalmente el curso del Rhin, esa gran vía fluvial de Europa,

los romanos se pusieron en contacto con las tribus germanas. Julio César lo pasó y repasó muchas veces, cuando era gobernador de la vecinas Galias. Durante una serie de años, Roma, la fuerte nación guerrera y constructora, avanzó constantemente por el valle del Rhin, donde, aun en el día de hoy, existen restos de hermosas ciudades y fortalezas, magníficas carreteras y fincas particulares. Trató asimismo de conquistar enteramente las tribus germanas, pero no obtuvo el mismo resultado que en las Galias y en Bretaña.

HERMANN RECHAZA EL ATAQUE DE LAS LEGIONES ROMANAS A ORILLAS DEL RHIN

Sobre la cumbre de un monte, en la gran llanura del Norte, a unos ciento sesenta kilómetros del Rhin, se levanta ahora una enorme estatua, que mide de alto más de 15 metros, erigida en conmemoración de uno de los primeros héroes germanos, Hermann, quien, a fines del año 9 antes de J.C., resistió con éxito cerca de este lugar al temible ejército romano. Cuando la noticia desu destrucción en los bosques y pantanos llegó al gran emperador Augusto, se vistió éste de luto y exclamó amargamente repetidas veces: « Devolvedme mis legiones ».

Durante aquellos siglos, levantáronse como las olas del mar, por cierto intranquilo y tormentoso, varias tribus y familias que se extendieron por los montes y valles, cambiando sus residencias, luchando unas con otras y con sus vecinos, mientras el gran Imperio Romano, un tiempo dominador del mundo, se iba debilitando gradualmente más y más, hasta hacerse incapaz de defenderse contra las tribus invasoras. Ya sabemos cómo los soldados romanos tuvieron que ser retirados de la Bretaña y luego de las Galias, para acudir a la defensa de Roma. Por último, una tribu de estirpe germana, los godos, llegó a los propios muros de la gran ciudad de los Césares, arrebató sus tesoros y destruyó muchos de su edificios.

ATILA Y SU TERRIBLE HUESTE DEVASTAN LA REGIÓN DEL RHIN

Los godos habían sido empujados por una hueste terrible, procedente del Asia: los hunos. De cara amarilla, cabellos cerdosos y ojos estrechos y alargados, parecieron horriblemente feos a las razas germanas, quienes les vieron lanzarse a través del Sur de su país, sobre las Galias, montados en sus veloces caballos, devastando a su paso las regiones que atravesaban. Pasaron el Rhin, y fueron luego detenidos en los campos de Chalons, junto al río Marne, donde las tribus germanas de los francos, los visigodos y borgoñeses, se unieron con los romanos para resistirles en furiosa batalla. El « Azote de Dios » como era llamado Atila, el fiero jefe de los hunos, fué derrotado y murió poco después, volviéndose su terrible hueste al ignoto país de donde había venido.

Hemos visto ya que los francos invadieron las Galias, y que, con los celtas que ya vivían en ellas, fundaron el reino de Francia. Otras tribus germanas, los anglos y parte de los sajones, se embarcaron para Bretaña. Los ostrogodos y visigodos pasaron a Italia y al Sur de Francia, y los últimos ocuparon también a España durante tres siglos; otra tribu, los longobardos y lombardos, fijaron su residencia en la llanura del Norte de Italia.

EL MUNDO BAJO LA NUEVA INFLUENCIA QUE PROCEDÍA DE ROMA

En estos tiempos de grandes cambios, se dejó sentir, en lugar de la antigua fuerza de las armas y de la grandeza de Roma, una nueva influencia procedente de la misma ciudad, es decir, la propagación de la fe cristiana. Sus valientes y abnegados misioneros fueron a predicar en medio de los salvajes de la Europa Central, derribando sin temor los ídolos y derrumbando con sus propias manos los árboles sagrados, en presencia de los idólatras. Roma, hasta entonces famosa por el poderío de los Césares, conseguía un nuevo poder y grandeza, como sede del Obispo de Roma, Padre de toda la Iglesia, llamado el Papa; pues obispos y sacerdotes, atravesando los Alpes y las montañas transalpinas, salían de Italia, desparramándose por la gran llanura del Norte y por el valle del Rhin para

Hermann, conocido también con su nombre latinizado, Arminio, es uno de los grandes héroes de Germania. Derrotó a los romanos y libertó a su pueblo de la sujeción de éstos. El grabado le representa regalando a los sacerdotes de su tribu el botín cogido en la guerra.



Los godos, tribu de estirpe germana, se precipitaron sobre Roma desde los bosques en que moraban, y luego fueron seguidos por invasores todavía más terribles, los hunos. Este grabado nos los muestra saqueando una población romana.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

fundar templos y evangelizar a las gentes, y por más lejos que fueran, se mantenían unidos íntimamente a Roma, por medio de inquebrantables lazos espirituales.

PIPINO «EL BREVE» Y SU FAMOSO HIJO CARLOMAGNO

Cuando Pipino el Breve, rey de los francos, pasó a someter a los lombardos, por gratitud al Papa, que le había apoyado para subir al trono, tomó a los vencidos la tierra que poseían cerca de Roma y la regaló a la Cabeza de la Iglesia, siendo esta donación el principio del derecho del Papa a gobernar en un reino terrenal.

El gran hijo de Pipino, el héroe Carlomagno, fomentó también la influencia de la Iglesia en los enormes dominios a que se extendía el Imperio, los cuales, según hemos visto ya en la historia de Francia, comprendían—además de lo que es hoy Francia—Holanda, Bélgica, Suiza, el Norte de Italia y parte de España, como también casi toda la parte de la Europa Central que ahora llamamos Alemania. Carlomagno cedió muchos terrenos en todos estos países a los obispos y a los monasterios, en los cuales el clero vivía reunido, escribiendo libros y enseñando en las escuelas. Más aún: Carlomagno fué en persona a libertar al Papa de sus enemigos que le tenían asediado, y con esta ocasión pasó la fiesta de Navidad en Roma el año 800 después de J. C. y asistió a los divinos oficios en la Basílica de San Pedro.

CORONACIÓN DEL GRAN EMPERADOR POR EL PAPA EN SAN PEDRO

El mismo Papa cantó la misa, y los corazones de los concurrentes estaban emocionados por la grandiosidad de la música y solemnidad de las ceremonias, cuando, hacia el fin, se preparó una gran sorpresa (se dice que aun para el mismo Carlomagno): levantóse el Pontífice, y, tomando en sus manos una espléndida corona, la puso sobre la cabeza del rey, diciendo: « Dios conceda vida y victorias al gran Emperador César Augusto ». Soldados, pueblo y clero, todos prorrumpieron en gritos de regocijo; en efecto, Carlomagno era el hombre fuerte de la época, capaz de defender un nuevo Imperio Romano formado con toda la cristiandad (Imperio que más tarde fué denominado *Sacro Imperio Romano*), en el que la influencia del papado sobre la fe de las naciones que lo componían había de ser cada vez mayor.

En otro lugar veremos cuán negra sombra cayó sobre Alemania e Italia por esta unión, tan estrepitosamente aplaudida en la Basílica de San Pedro; sombra que no ha desaparecido en un millar de años.

Hemos visto ya cuán pronto se deshizo el gran imperio de Carlomagno y cómo Francia empezó a formarse bajo una dinastía de reyes propios, mientras que en Alemania sucedía muy al contrario, pues, durante siglos enteros, las tribus fueron poco a poco constituyendo estados, realmente independientes entre sí, aunque unidos todos ellos por el vínculo del Imperio: los jefes de cada uno de esos estados tenían diferentes títulos y poderes, y los más principales de ellos elegían al emperador con la ayuda de tres poderosos arzobispos.

Estudiar la historia de Alemania en estos siglos es como mirar un calidoscopio, cada vuelta del cual produce nuevas combinaciones y cambios pasajeros, pues tan pronto predomina un estado y absorbe a los demás, o los empuja hacia otra parte del país, como se forma otro nuevo estado, mientras los demás se transforman o desaparecen.

LA SOMBRA DE UN IMPERIO QUE CAUSÓ DISTURBIOS DURANTE MIL AÑOS

Dentro de los 200 años después de la muerte de Carlomagno hubo también grandes cambios en las fronteras orientales, pues los fieros húngaros, de una raza completamente diferente de la de las familias alemanas, sembraron el terror por el país, se establecieron más tarde en él y formaron parte del Imperio, aunque tan independientes como los demás estados.

Ha dicho un escritor francés que el Sacro Imperio Romano no fué sacro, ni romano, ni imperio. Ha sido llamado

DOS FUNDADORES DE LA GRANDEZA GERMANA

El emperador-héroe de Germania en la Edad Media fué Federico Barbarroja, elegido rey de los germanos en tiempo de disturbios a causa de su fuerza y bondad, y coronado más tarde por el papa, como Emperador Sacro Romano. Este grabado nos muestra a Barbarroja en el momento de ser proclamado rey de los germanos.



Durante la Edad Media, los caballeros que vivían en fuertes castillos de Germania, llegaron a ser muy poderosos y hacían lo que se les antojaba. Cuando Rodolfo de Habsburgo fué elegido emperador de Germania, en 1273, decidió poner fin a los robos de estos caballeros y desbaratar su poderío; en este grabado le vemos condenando a algunos bandidos nobles que han sido presos y presentados a él.

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

un mero espectro, o sombra de un imperio: sin embargo, fué bastante fuerte para impedir durante mil años que los reyes germanos, distraídos por la siempre tentadora visión de un poder al otro lado de los Alpes, dedicaran sus mejores esfuerzos a procurar el bienestar de su propio país. Sus vasallos italianos los odiaban, y las disputas que se suscitaban entre los emperadores y los papas eran tan constantes, tan violentas y tan intrincadas, que a medida que pasaban los años se hacía cada vez más imposible un justo arreglo.

Veamos cómo trató uno de los más poderosos papas a uno de los más débiles emperadores. El sacerdote Hildebrando se había hecho tan popular, trabajando con toda su fuerza para corregir las corruptelas de la Iglesia y para hacer a ésta fuerte y pura, que el pueblo de Roma se precipitó en la catedral durante los funerales del papa que acababa de morir, gritando: «¡San Pedro quiere que Hildebrando sea papa!»

EL ADVENIMIENTO A LA SEDE PONTIFICIA DE HILDEBRANDO CON EL NOMBRE DE GREGORIO VII Y SU QUERELLA CON EL EMPERADOR

El indiscreto emperador de Alemania, Enrique IV, desafiando a este nuevo papa, llamado Gregorio VII, se opuso a sus reformas, nombró a sujetos indignos para altos cargos, y por fin, en el Concilio reunido en Worms, hizo declarar que Gregorio no era ya papa, esto es, le depuso de su altísima investidura. Gregorio contestó con el terrible castigo de la excomunión, lo cual significaba que el emperador quedaba fuera de la Iglesia y que ningún sacerdote podía asistirle.

Después de algún tiempo Enrique cedió, cruzó los Alpes y fué a Canosa donde se hallaba Gregorio, para pedirle perdón. Era en el rigor del invierno y Enrique tuvo que esperar tres días en la nieve, con los pies descalzos, sin más vestidos que un miserable y delgado sayal, tiritando de frío, hasta que el Papa se dignó recibirle y perdonarle.

De un tipo muy diferente fué el emperador Federico Barbarroja. De este héroe, cuyo rostro fuerte, agradable y sonriente parece destacarse por entre los siglos, existen muchos relatos de valor y constancia y de cómo procuró hacer el imperio absoluto e independiente.

CÓMO TERMINÓ EN VENECIA LA DISPUTA ENTRE LOS EMPERADORES Y LOS PAPAS

Cinco veces cruzó los Alpes este emperador, y numerosas fueron las luchas que sostuvo contra los papas, pero, a pesar de ser fuerte, también él tuvo que ceder por fin. En el siglo XII se suscitaron incesantes y violentas cuestiones entre la Iglesia y los príncipes cristianos de Europa. Tocante a la historia de Inglaterra, hemos leído, en otra parte, la muerte trágica de Tomás Bécket, en Cantérbury, y el castigo del rey. Siete años más tarde, la larga disputa entre el Pontífice y el Emperador romano, terminó también saliendo victoriosa la Iglesia. Los dos adversarios fueron inducidos a tener una entrevista en Venecia, la hermosa e independiente ciudad del extremo interior del mar Adriático, donde se muestran todavía en el pórtico de la catedral de San Marcos, tres losas de mármol, que indican el lugar donde el más encumbrado príncipe de aquel siglo, Barbarroja, se arrodilló para besar los pies del Papa y recibir en cambio el beso de paz del anciano Pontífice. Debió ser indudablemente un momento amargo para el emperador, porque el acto de sumisión significaba la renuncia del deseo que había acariciado toda su vida.

LOS TIEMPOS ANTIGUOS DE LAS VIEJAS CIUDADES DE ALEMANIA

El último esfuerzo de Barbarroja fué unirse con Ricardo Corazón de León en la Tercera Cruzada para reconquistar a Jerusalén del poder de los musulmanes, mas no consiguió su intento; el gran emperador pereció ahogado al atravesar un río del Asia, y fué enterrado en el arenoso desierto, si bien los antiguos poetas germanos conservaron fresca su memoria en las canciones y leyendas, y durante mucho tiempo se tuvo la

esperanza de que volvería otra vez para auxiliar a su pueblo en tiempo de necesidad.

En la época de las Cruzadas, los nobles, cuyo poderío en Alemania era muy grande, poseían sus tierras en la misma forma feudal que los de Francia e Inglaterra, mientras que los campesinos se arrastraban en la pobreza y miseria. Durante este tiempo empezaron también a levantarse en el país hermosas ciudades rodeadas de fuertes muros a fin de resistir a los enemigos de fuera, y poco a poco se edificaron asimismo iglesias y universidades, buenas casas y otros edificios públicos, muchos de los cuales se han conservado hasta hoy.

Alemania es hoy día famosa por sus espléndidas ciudades antiguas, algunas de las cuales compraron privilegios y la libertad, de igual manera que las ciudades francesas, y ayudaron a mantener vivo el espíritu de Hermann en medio de aquellos años de oscurantismo. Ochenta ciudades se confederaron para formar la Liga Hanseática; las principales fueron Lubeck, Hamburgo y Brema. Tenían una colonia en Londres, donde poseían muchos derechos especiales que fomentaron su comercio y riqueza. El comercio del Báltico estaba en sus manos, y aun llegaron a hacer la guerra por su propia cuenta, siendo bastante fuertes para resistir, no sólo a los nobles, sino también a los piratas en el mar y a los bandidos en tierra.

Los robos cometidos por los caballeros residentes en los castillos que coronan todavía muchos montes rocosos, causaron perjuicios enormes al comercio y a la agricultura en aquellos tiempos de libertinaje; son realmente conmovedores los relatos de sus incursiones, de sus ataques a los mercaderes en los vados y puentes, y de sus robos de las cosechas recién recogidas. Afortunadamente, no todos los caballeros de los castillos eran bandidos, y de ellos dependía la conservación de las carreteras y caminos de sirga y el alojamiento de los viajeros antes de que existiesen las ventas o posadas.

RODOLFO DE HABSBURGO, CUYA FAMILIA RIGIÓ EL IMPERIO DURANTE 600 AÑOS

Un emperador, cuya figura se destaca en aquellos tiempos de universal confusión, es Rodolfo de Habsburgo, que fué el fundador de la Casa de Habsburgo de Austria, en cuya familia, con algunas excepciones, permaneció la corona imperial cerca de 600 años.

Austria, palabra que significa la Tierra de Oriente, era un ducado que, después de haber crecido gradualmente con bastantes cambios a medida que, digámoslo así, el calidoscopio daba vueltas, se desarrolló principalmente a lo largo de las magníficas riberas del Danubio, extenso río que nace cerca del Rhin, en la Selva Negra, y recorre Baviera, Austria y Hungría en su curso hacia el Mar Negro. Los valientes montañeses de los Alpes tuvieron que unirse contra los Habsburgos, según nos refiere la historia de Suiza.

El enérgico, inteligente y noble Maximiliano I fué uno de los miembros de la casa de Habsburgo, y se casó con la heredera de Borgoña y de los Países Bajos. Su hijo pasó a ser rey de España con el nombre de Felipe I, al casarse con la hija de Fernando e Isabel. Se ha dicho que Maximiliano es el lazo de unión entre los antiguos tiempos y los modernos. En efecto, todo empezó a progresar y a cambiar durante esta época, en la cual vivió Cristóbal Colón.

EL GRAN PAPEL QUE DESEMPEÑÓ ALEMANIA EN LOS IMPORTANTES CAMBIOS DEL MUNDO

Al paso que el descubrimiento de la brújula puso en las manos del hombre una guía para navegar por mares desconocidos, la invención de la imprenta y la difusión de la enseñanza facilitaron sobremanera el estudio y pusieron las ciencias al alcance de muchos que de otro modo hubieran sido siempre ignorantes. Alemania puede estar ufana de su participación en este adelanto, pues alemanes fueron el que descubrió el procedimiento para convertir los trapos en papel, y el que tuvo la primera idea de imprimir con caracteres movibles.

Era emperador de Alemania en aquel tiempo, Carlos V, nieto de Maximiliano, llamado con frecuencia el segundo Carlomagno por la extensión de sus dominios, pues a los Estados de Alemania añadió, por título de herencia, España, el Sur de Italia, Sicilia y los Países Bajos, así como también las colonias del Nuevo Mundo; de suerte que nunca se ponía el sol en su imperio. Al principio de su reinado se declaró una terrible insurreción, llamada la Guerra de las Comunidades de Castilla, en la que los comuneros pegaban fuego a los castillos y monasterios, como lo hicieron los campesinos de Francia 300 años más tarde y por razones bastante parecidas: por los gravosos e injustos tributos y la amarga opresión que padecían.

En Alemania treinta años de guerra (1618–1648) por causas políticas y religiosas, en la que fueron envueltas varias naciones, causaron al país indecible devastación y miseria. Por largo tiempo la suerte de la guerra fué varia; pero cuando pareció que el emperador iba a ser demasiado poderoso, Francia incendió y saqueó con crueldad la hermosa región del Rhin. Por fin, se concertó la Paz de Westfalia por hallarse el país enteramente exhausto: Francia tomó la Alsacia, Suecia reclamó la Pomerania, a Suiza y a Holanda se les reconoció su independencia, y los grandes príncipes alemanes quedaron dueños absolutos de sus propios estados, haciendo más tangible que nunca la ficción de un imperio. A tenor de esta paz, los católicos y protestantes tendrían igualdad de derechos y libertad de cultos, y los príncipes protestantes conservarían los territorios que habían quitado a la Iglesia.

LA PENA DE UNA TIERRA DESOLADA AL FINAL DE LA GUERRA

El número de habitantes en los Estados alemanes al principio de la guerra era de unos diez y siete millones, y al fin de ella no llegaba a cuatro. Una gran miseria aquejaba a todo el país devastado, donde ciudades y aldeas, y miles de iglesias y casas, habían sido destruídas. Los campos estaban incultos y pisoteados, el comercio arruinado y la gente abrumada con tanta calamidad.

Diez años después estalló de nuevo la guerra, por escuchar los príncipes alemanes—algunos descontentos, otros egoístas, otros codiciosos—las bajas promesas de Luis XIV, quien había resuelto hacer del Rhin la frontera oriental de su reino; en la lucha que siguió, el Imperio perdió Estrasburgo y la rica provincia de Lorena, que pasó a poder de Francia. Los tratados que pusieron fin a las guerras de este tiempo fueron llamados por el pueblo alemán las paces de la Enajenación, Desmembración y de la Injusticia, porque en cada una de ellas perdió algo.

CÓMO LOS TURCOS SE PRESENTARON ANTE VIENA E HICIERON 87,000 ESCLAVOS

Un hecho terrible le sucedió luego a Viena, la capital de Austria. Los turcos, que vivían al otro lado de Hungría, atravesaron esta provincia, pusieron sitio a la hermosa y fuerte ciudad y la tomaron tras un asedio de dos meses, volando sus murallas y haciendo 87,000 esclavos. Por fin, un rey vecino, el rey de Polonia, acudió para libertar a la ciudad y arrojar a los invasores. En la tienda del general turco se hallaron cartas de Luis XIV, en que se excitaba a los musulmanes a atacar el imperio; y, prosiguiendo su plan de suscitar enemigos en partes distantes para tener al ejército alemán ocupado lejos del Rhin, impulsó también a los suecos a que atacasen el Brandeburgo, junto al Báltico. El gobernante de esta provincia, Federico Guillermo, el « Gran Elector », y el príncipe Eugenio de Saboya, eran los principales apoyos del emperador en estas guerras contra los franceses.

El príncipe Eugenio, hombre de menuda estatura, poseía gran ciencia militar y maravilloso prestigio entre sus tropas.

LOS GRANDES PALACIOS DE LOS NOBLES DE ALEMANIA

Cuando estalló en Europa la guerra siguiente, llamada de Sucesión, por

disputarse en ella el trono de España, el príncipe Eugenio y el duque de Márlborough mandaron las tropas aliadas de Holanda, Inglaterra y Portugal, que apoyaban al emperador y a los electores de Hannóver y Brandeburgo. Aquellos dos grandes generales derrotaron a los franceses en Alemania, en los Países Bajos y en Italia, siendo célebres, entre otras, las batallas de Blenheim, Ramillies, Oudenarde y Malplaquet.

Un viajero belga que recorrió la Alemania, ha dicho, hablando de los tiempos que siguieron a las guerras contra Francia, que ningún príncipe era bien considerado si no tenía su Louvre o su Versalles; indicando con esto que había entonces una verdadera fiebre por imitar a Francia en las construcciones, y de todos los modos posibles. Porque Luis XIV convirtió un desierto arenoso en el admirable Versalles, un noble edificó una aldea en la cima de una montaña pelada, otro hizo construir un palacio en el fondo de una selva y otro levantó una gran fortaleza, donde no se debía defender nada. Había cerca de doscientos estados independientes por aquel tiempo, y a muchos de ellos nada se les importaba el bien del país. Los labradores en Alemania, lo mismo que en Francia, eran estrujados para sacarles el dinero con que se sostenían el esplendor y lujo de las cortes y palacios.

CÓMO FEDERICO EL GRANDE EMPLEÓ 40 AÑOS EN FORMAR SU REINO

Existía, sin embargo, una corte donde no había lujo: era Brandeburgo, que habiendo absorbido al vecino estado prusiano, vió a sus gobernantes elevarse a la categoría de reyes de Prusia. Todo el dinero que podía recogerse se empleaba para el ejército; reclutábanse los hombres más aptos y se les ejercitaba y preparaba para la guerra. Cuando Federico el Grande subió al trono, trabajó cuarenta años intensamente en favor de su reino, reconstruyendo edificios, secando pantanos, haciendo carreteras y canales, procurando que los campesinos tuvieran grano para las siembras, ensanchando sus dominios siempre que se presentaba la oportunidad. A partir de su época, fué evidente que, más pronto o más tarde, Prusia se pondría al frente de los demás estados y los guiaría. Por su fuerza y perseverancia, sacó el mejor partido de la guerra de los siete años, contra Austria y Francia.

Por este tiempo reinaba en Austria María Teresa, la madre de María Antonieta de Francia. Acosada por Federico, que le arrebató Silesia, y perdidas también otras partes de sus dominios, María Teresa, mujer enérgica y valiente, tuvo que huir a Presburgo de Hungría, que había estado unida a Austria antes de la guerra de los Treinta años. Allí, vestida a la usanza húngara, apeló a los buenos sentimientos de la nobleza, mostrándoles a su hijito a quien llevaba en brazos. En contestación los nobles húngaros sacaron entusiasmados sus espadas gritando a la vez: «¡Muramos por nuestra soberana María Teresa!»

El incendio de la guerra de los Siete años se propagó por todo el mundo, y desde ese tiempo Prusia ha sido un reino poderoso. Unos treinta años después de celebrarse el tratado que puso fin a la guerra de los Siete años, alteróse de nuevo la paz.

CÓMO LAS GUERRAS NAPOLEÓNICAS RETARDARON EL DESARROLLO DE PRUSIA

Movidos por los terrores de la Revolución y para vengar a sus principales víctimas, Austria y Prusia se juntaron y avanzaron sobre Francia, excitando con ello en gran manera la ira del pueblo francés. Durante los diez años siguientes, Francia se defendió contra los ataques de Europa, y el progreso de Prusia se retardó por algún tiempo a causa de estas guerras. Primero fué derrotada Austria en Italia, donde Napoleón ganó muchas batallas con gran rapidez. En 1805, el ejército destinado para la invasión de Inglaterra fué vuelto contra Austria. Todas las naciones europeas tuvieron entonces que defenderse de la ambición de Napoleón quien, por algún tiempo, las tuvo a todas en jaque. Treinta mil austriacos

hubieron de rendirse en Ulm; Viena fué tomada y los austriacos y sus aliados, los rusos, fueron derrotados en Austerlitz.



El primer rey de Prusia, Federico I, fué un buen gobernante, y a fin de que sus vasallos pudieran leer la Biblia, fundó miles de escuelas en las aldeas e hizo obligatoria la enseñanza. Aquí le vemos visitando una de estas escuelas. Federico I se coronó él mismo rey, y aludiendo a este hecho, decía Federico el Grande: « Fué como si dijera a sus sucesores:—« Yo he conseguido un título para vosotros; haceos dignos de él ».



Durante la mayor parte de su vida, Federico el Grande sostuvo sangrientas luchas que amenazaban destruir su reino, pero con su brillante dirección derrotó a los enemigos e hizo grande a Prusia. Cuando no se hallaba en guerra, solía viajar por su país y tratar con el pueblo, animándole a hacer carreteras y canales, y a mejorar el país de otras maneras. Este grabado nos le muestra en uno de sus viajes.

En el año siguiente el emperador Francisco II abdicó la corona del Sacro Imperio Romano, que por tanto tiempo había sido una entidad política meramente nominal, aunque constituía todavía un nexo con el pasado. Francisco II había tomado ya el título de emperador de Austria, que aun llevan sus sucesores.